

clusión de la obra tan felizmente empezada, y como la congregacion de cardenales acogia favorablemente el concordato en los términos que despues habia sido redactado, lo aprobó sin dificultad. Viendo el papa que en adelante tenia que echarse en brazos del primer consul, y llevar á cabo con ostentacion una empresa que tenia por objeto restablecer el culto católico en Francia, quiso que la ceremonia de la ratificacion se hiciese con toda solemnidad, y en su consecuencia

de que la corte pontificia haya manifestado nunca ni mas circunspeccion, ni mas formalidad, ni mas sigilo como los que ahora despliega acerca de una novedad que está á punto de descubrirse; y eso que la Francia, que es de quien se trata, y en cuyo favor se trabaja tanto, no intriga, no promete, no da, no brilla, en fin, como en otros tiempos, en la ciudad santa. El primer consul tendrá bien pronto el gusto de ver realizadas sus miras sobre caminar de acuerdo con la Santa Sede, resultado que habremos conseguido por un camino nuevo, sencillo y respetable.

Puede decirse que todo esto es obra de un héroe y un santo, pues el papa es un hombre religioso en toda la estension de la palabra.

Por cierto que varias veces me ha dicho: «podéis estar seguro de que si en vez de ser Francia como lo es una potencia que ejerce gran influjo en toda Europa fuese una nacion débil y abatida, me portaria con ella lo mismo que me estoy portando en el día».

Creo que no habré sucedido muchas veces alcanzar resultados de tanta magnitud, como que de ellos depende en mucha parte la tranquilidad de Francia y la dicha de Europa, sin haber tenido que recurrir á la violencia ni emplear medios de corrupcion.

Tiene la honra de saludaros con el mismo respeto que siempre,

CACAULT.

ratificó el tratado en un gran consistorio, nombrando tres cardenales para dar mas brillo á aquella festividad pontificia, recibiendo á Mr. de Cacaault con gran pompa, y desplegando, á pesar de los apuros del tesoro, todo el lujo compatible con esta circunstancia. Teniendo además que elegir un legado para enviarlo á nuestro país designó al diplomático mas eminente de la corte romana, al cardenal Caprara, personage distinguido por su nacimiento (pertenecia á la ilustre familia de los Montecuculli), por sus luces y su experiencia y la moderacion de sus ideas. Embajador en otro tiempo cerca de José II presencié las tribulaciones de la iglesia en el siglo último, y evité mas de un disgusto á la Santa Sede con su habilidad y talento. El primer consul habia manifestado deseos de tener en su corte á aquel principe de la iglesia, y el papa se apresuro á satisfacer sus deseos, haciendo grandes esfuerzos para vencer la resistencia del cardenal, quien como anciano y enfermo que era, se mostró poco dispuesto á volver á empezar la laboriosa carrera á que se entregó en su juventud. Vencida su repugnancia, merced á lo mucho que le instó el santo padre, y en consideracion á que exijia su marcha el interés de la iglesia, el papa confirió al cardenal Caprara la dignidad diplomática mas elevada que habia en la corte romana, la de legado á latere, que daba al que la obtenia la facultad mas ilimitada, precediéndole por todas partes la cruz, y haciendo cuanto es dable hacer lejos del papa. Pio VII renovó en esta ocasion las antiguas ceremonias, en las que se entregaba á los representantes del signo venerado de su mi-

sion: volvióse á convocar un gran consistorio, y en presencia de todos los cardenales y ministros extranjeros, recibió el cardenal Caprara la cruz de plata que debía ir delante de él en esa Francia republicana, estraña hacia tanto tiempo á las pompas del catolicismo.

Deseoso el primer consul de corresponder debidamente á la conducta cordial del papa, le dispensó mil demostraciones de atencion y respeto, mandando á Murat que no pasase con sus tropas por los estados romanos, dando orden para que los cisalpinos evacuasen el pequeño ducado de Urbino, que habian invadido bajo el pretexto de una disputa de territorio, anunciando que tambien seria evacuado Ancona á la mayor brevedad, enviando fondos para pagar á la guarnicion, á fin de aliviar de este gasto el tesoro pontificio, disponiendo por segunda vez que los napolitanos saliesen de Benavente y Puente Corvo que se obstinaban en tener ocupados, á pesar de que pertenecian á la Santa Sede, y mandando, por último, preparar y amueblar con lujo uno de los palacios mas lindos de Paris, á fin de aposentar en él á costa del tesoro francés al cardenal Caprara.

Cangeadas las ratificaciones y aprobadas las bulas, iban á enviarse los breves á toda la cristiandad para escitar á los antiguos titulares á que hiciesen dimision, cuando dejó á Roma el cardenal Caprara para dirigirse á Paris con toda premura á pesar de su avanzada edad. Las autoridades francesas tenian orden de recibirle como merecia, y así lo hicieron, secundando su celo las poblaciones con muestras del mayor respeto hácia el representante de la Santa Sede, respeto

que probaba lo arraigado que se hallaba el antiguo culto en la gente del campo. Por lo que hace á Paris, no quiso el gobierno esponerle á la mofa de un pueblo que de todo se burlaba, y dispuso lo conveniente para que el cardenal entrase de noche en la capital; pero fué recibido con los mayores extremos y alojado en el palacio que se le tenia dispuesto. El primer consul le envió dos carruages tirados por magníficos caballos, suyos propios, y mandó le dijese, como se lo dijeron de un modo sumamente delicado, que parte de los gastos que hiciese en el desempeño de su destino correrian á cargo del gobierno francés, costumbre que iba á ponerse en planta con respecto á la Santa Sede.

El cardenal Caprara fué recibido como embajador extranjero, y no como representante de la iglesia, pues esto último se dejó para cuando el culto quedase restablecido definitivamente, debiendo entonces instituirse á los obispos, cantarse un *Te Deum* y exigir al cardenal legado, el juramento que debía prestar al primer consul.

Las formalidades que era indispensable llenar antes de publicar el concordato, ocuparon mucho mas tiempo del que se creyó en un principio; de suerte que como acababa de firmarse en Lóndres el tratado preliminar de paz con Inglaterra, queria el primer consul que el 18 de brumario, dia fijado para celebrar la paz, se verificase tambien la gran solemnidad religiosa de la restauracion del culto. Para ello era preciso que hubiese llegado á Roma la dimision de los antiguos titulares antes de aprobar la reduccion diocesana y la eleccion de los nuevos obispos, dimi-

sion en que todos tenían fija la vista, pues en todas partes querían saber el resultado que tendría aquel paso. Si, era una cosa que llamaba la atención general ver al papa y al primer consul trabajando de consuno para que los antiguos ministros del culto, ora fuesen amigos ora enemigos de la revolución, y que andaban diseminados por Rusia, Alemania, Inglaterra y España, sacrificasen su posición personal, sus afecciones de partido, y hasta el orgullo hijo de las doctrinas que profesaban, para que triunfase la unidad de la iglesia y se restableciese en Francia la tranquilidad de las conciencias. ¿Cuántos habría que estimulados por estos dos poderosos motivos inmolasen á un mismo tiempo tantos sentimientos é intereses personales? El éxito demostró cuán ajustado era á la prudencia el paso que estaban dando en aquel momento el papa y el primer consul, y el imperio que el amor á hacer bien ejerce sobre las almas cuando lo invocan para un objeto tan noble un pontífice santo y un héroe.

Los breves que se enviaron á los obispos ortodoxos y á los constitucionales no eran los mismos, pues el breve destinado á los obispos que no habían querido reconocer la constitución civil del clero, los consideraba como legítimos titulares de sus sedes, y en él se les decía con un lenguaje cariñoso, pero imperativo, que hiciesen dimisión por interés hacia la iglesia, en virtud de la oferta que en otro tiempo hicieron á Pío VI, pues de lo contrario se les tendría por depuestos. El breve dirigido á los constitucionales respiraba también indulgencia; pero no se hablaba en él de dimisión en vista de que la iglesia nunca había re-

conocido á los constitucionales como obispos legítimos: lo que se hacía era pedirles que abjurasen sus antiguos errores, que volviesen al seno de la iglesia, y pusiesen fin á un cisma que al mismo tiempo que era una calamidad traía escandalizado al mundo católico. De este modo se les provocaba á que hiciesen dimisión sin reclamar esta, pues reclamarla hubiera sido tanto como reconocer sus títulos, cosa que no podía hacer la Santa Sede.

Hagamos cumplida é igual justicia á todos cuantos contribuyeron con su sumisión á cortar el cisma. Los obispos constitucionales, algunos de los cuales querían hacer resistencia, pero cuya bien aconsejada mayoría deseaba abiertamente secundar los deseos del primer consul, hicieron dimisión en masa; mas como se les ofendía en el breve, á pesar de la cordialidad con que estaba escrito, puesto que solo se hablaba en él de errores y no de dimisión, una forma de adhesión á la voluntad del papa, que sin implicar retractación alguna de lo pasado implicaba sin embargo que se someterían y harían su dimisión. Para ello declararon que aceptaban el nuevo concordato, desprendiéndose de su dignidad episcopal, y de cincuenta que eran, todos obedecieron, menos uno, el obispo Saurine, hombre dotado de una imaginación muy viva, de un celo religioso mas ardiente que ilustrado, y que por otra parte era un sacerdote puro en sus costumbres, lo cual tuvo presente el primer consul para nombrarle obispo mas tarde con consentimiento del papa.

No era esta la parte mas difícil de la obra, ó por mejor decir, era la que podía relizarse mas

pronto, en atención á que casi todos los constitucionales se hallaban en París al alcance del primer consul, y entregados al influjo que sobre ellos egercian amigos suyos que se habian constituido en sus defensores y maestros.

Los obispos *no juramentados* andaban esparcidos por toda Europa: sin embargo, habia en Francia cierto número, y ni uno siquiera vaciló acerca de lo que debian responder al papa y al primer consul, dando un noble ejemplo de religiosidad y sumision evangelicas. De los quince que existian en Francia, siete en París y ocho en las provincias, todos contestaron en términos dignos de los mejores tiempos de la iglesia. El anciano obispo de Belloy, prelado venerable que reemplazó en Marsella á Mr. de Belzunce, y era un modelo del antiguo clero, se apresuró á dar á sus cólegas la señal de la abnegacion, diciendo: «lleno de veneracion y obediencia hácia los decretos de su santidad, y queriendo continuar siempre unido á él de corazón y entendimiento, no vacilo en poner en manos del santo padre mi dimision del obispado de Marsella, pues basta que la crea necesaria para la conservacion del culto en Francia, para que yo me resigne.

Uno de los obispos mas instruidos del clero francés, el historiador de Bossuet y de Fenelon, el obispo de Alais, escribia: «es para mí una fortuna poder concurrir haciendo dimision, hasta donde me es posible, á las miras de prudencia, paz y reconciliacion que su santidad se ha propuesto, y pido á Dios que bendiga sus religiosos intentos, evitándole las contradicciones que podian afligir su corazón de bondadoso padre.»

El obispo de Acqs escribió al pontífice: «ni un momento siquiera he vacilado en inmolarme desde que supe era necesario hacer este doloroso sacrificio en bien de la paz y por el triunfo de la religion... ¡Ojalá salga llena de gloria de entre sus ruinas, y que se eleve no solo sobre los restos de mis mas caros intereses, y todos mis beneficios temporales, sino hasta sobre mis cenizas si es que puedo servirla de víctima espiatoria!... ¡Dios quiera que mis conciudadanos vuelvan á entrar en la senda de la concordia, la fe y las costumbres puras y santas! Nunca formaré otros votos mientras exista, bajando contento al sepulcro como vea que se realizan.»

Es preciso confesar que la religion que inspira tales sacrificios y pone en boca de sus sacerdotes semejante lenguaje, es una institucion muy bella. Los hombres mas influyentes del antiguo clero y de la Francia antigua, los Rohan, los Latourdu-Pin, los Castellane, los Polignac, los Clermont-Tonnerre y los Latour-d'Auvergne, figuraban en primera linea en la lista de los dimisionarios, notándose entre todos ellos un fervor que traia á la memoria los generosos sacrificios que hizo la nobleza en la noche del 4 de agosto, pues todos se afanaban por facilitar con su desprendimiento la ejecucion de ese concordato, obra de un héroe y un santo como le llamaba Mr. de Caumont.

Los obispos que se habian refugiado en Alemania, Italia y España, hicieron lo mismo con cortas escepciones, y solo quedaban los diez y ocho que vivian en Inglaterra y cuya resolucion se esperaba con ansia para ver si acertaban á

emanciparse de las influencias enemigas de que se hallaban rodeados. El gobierno británico, que en aquel momento se hallaba en buena armonía con Francia, no se mezcló en su resolución; pero los príncipes de la casa de Borbon se hallaban en Londres, con los gefes de la chuaneria, los instigadores de la guerra civil, los cómplices de la máquina infernal Georges y consortes, y tenían como sitiado: á los diez y ocho prelados, decididos á impedir á toda costa que con su adhesión se realizase completamente la union del clero francés con el papa y el general Bonaparte. Merced á sus esfuerzos, reinó entre ellos gran divergencia, poniéndose al frente de los que no querían obedecer el arzobispo de Narbona, de quien se dijo obraba por intereses mundanos, pues con la silla iba á perder cuantiosas rentas, y el obispo de San Pol de Leon, que, segun tambien se dijo, desempeñaba un cargo bastante lucrativo, el de manejar y distribuir los socorros que el gabinete británico daba para los sacerdotes condenados á la deportacion. Esos dos prelados trataron de atraerse á los obispos, y efectivamente se llevaron tras sí á trece; pero encontraron noble resistencia en los otros cinco prelados, á cuya cabeza se hallaban dos de los miembros mas eminentes y respetables del antiguo clero, Mr. de Cicé, arzobispo de Burdeos, guardasellos que fué en tiempo de Luis XVI, y á quien se tenia por un personage de alta capacidad politica, y Mr. de Boisgelin, obispo instruido y de nobilísimo nacimiento, que dando pruebas de ser un sacerdote digno de ejercer su sagrado ministerio, permaneció fiel á su religion, sin que por esto fuese enemigo de las luces de su siglo. Uno y otro

enviaron su dimision con sus tres compañeros MM. de Osmond, de Noé y Plesis de Argenrté.

Sometido, pues, casi todo el antiguo clero, realizada la obra del papa con menos amargura para su corazon de lo que temió en un principio, fueron insertando en el *Monitor* todas las dimisiones con los tratados celebrados con las cortes de Europa, con Rusia, Inglaterra, Baviera y Portugal, lo cual iba produciendo en la opinion un efecto inmenso, de que todavia se acuerdan profundamente los contemporáneos. Si en algo se dió á conocer el influjo que sobre todas las clases ejercía el nuevo gobierno, fué en aquella sumision respetuosa por parte de dos iglesias enemigas, adicta una á la revolucion, pero corrompida por el demonio de la disputa, y orgullosa la otra con su ortodoxia y los grandes hombres que encerraba en su seno, inficionada del espíritu de la emigracion, animada por un realismo sincero, y convencida de que con el tiempo saldria victoriosa. Así es que todos apreciaron debidamente la victoria conseguida por el primer consul.

Viendo este que se acercaba el 18 de brumario, consagrado á celebrar la paz general, dió entrada en su corazon á un sentimiento personal que entre los hombres suele andar mezclado con las resoluciones mas nobles. Quiso gozarse en su obra y celebrar el restablecimiento de la paz religiosa el mencionado dia de 18 de brumario; pero necesitábase para ello dos cosas: en primer lugar, que se hubiese enviado á Roma la bula relativa al señalamiento de diócesis, y en segundo que el cardenal Caprara recibiese autorizacion para instituir los nuevos obispos, pudiendo entonces

ser nombrados y consagrados los sesenta titulares, y cantarse estando ellos presentes un *Te Deum* solemne en la iglesia de Nuestra Señora. Desgraciadamente tuvieron que esperar en Roma la contestacion de cinco obispos franceses que se habian refugiado al norte de la Alemania, y en cuanto á la facultad para conferir la institucion canónica, no se habia dado al cardenal Caprara, porque nunca se habia conferido semejante poder, ni aun á un legado *á latere*. El 4 de noviembre (10 de brumario), cuando solo faltaban muy pocos dias, llamó el primer consul al cardenal Caprara, y le habló con acritud, quejándose con una ligereza poco digna de su parte, y que la Santa Sede no merecia, de que el gobierno pontificio no le ayudaba para que pudiese llevar á cabo sus proyectos, causando con sus amargas palabras viva emocion al respetable cardenal (1). Sin embargo, co-

(1) *Carta del cardenal Caprara al cardenal Consalvi.*

PARIS 2 novembre 1831.

Ritornato da Malmaison verso le ore 11 de la notte mi pongo á dettare il risultato dell' abboccamento á visto col Primo Console: in niun modo ha fatto il medesimo parola moco dei cinque articoli che in copia annetto alla mia del 1.º novembre, ma immediatamente con quella vivacità che é propia del suo carattere ed aggiungo anche, mostrando di essere indispettito, ha incominciato dal fare lagnance le piumare contro tutti i Romani, dicendo che lo menano in barchetta colla eterna lungaggine nello spedire la bolla di circoscrizione, al mi ritardo hanno contribuito col non mandare i brevi ai vescovi nel tempoche dovevano, e col non spedirli per mezzo di corrieri, come avrebbe fatto ogni governo mi premera un affare; che studiano di prenderlo alla trappola, per-

nocia bien pronto cuando cometia una falta, y procuraba repararla, de suerte que queriendo mitigar el efecto que pudiesen producir sus palabras hizo que el cardenal permaneciése todo el dia en la Malmaison, le encantó con su gracia y bondad naturales, y le consoló de los arrebatos que habia tenido aquella mañana.

Escribióse á Roma, enviando tambien á Alemania á un respetable sacerdote, al cura de San Sulpicio llamado Mr. de Pancemodt, y que despues fué obispo de Vannes, para que se avistase con los cinco prelados cuya contestacion se esperaba con tanta impaciencia, y les indujera á que hiciesen

che vorrebbero fargli fare la figura di bamboccio nell' indurre il papa á non ammettergli te nomine ché egli farà di vescovi costituzionali, e proseguendo á parlare á guisa di torrente, ha ripetuto esattamente tutto ciò, che in presenza di monsignor Spina mi disse jeri sera il consigliere Portalis.

Dopo un discorso si vehemente, e mescolato di espresioni assai agre, io ho preso á giustificare i Romani accusati; al che egli interrompendo mi, ha detto: non accetto giustificazioni, e solo dal numero eccettuo il papa, per cui ho rispetto e tenerezza.

Parandomi in quel punto meno trasportato che in principio, mi sono studiato di fargli sentire che avendo tenerezza per nostro signore doveva dargliene un contrassegno col togliergli il dispiacere di nominare vescovi costituzionali. A questa proposizione, ha ripreso l' antico tuono, ed ha detto: I costituzionali saranno da me nominati, ed in numero di quindici. Ho fatto quel che potevo, e non recederé neppure di una linea dalla determinazione che ho presa.

Quanto ai capi di setta, il consigliere Portalis, che era presente, ha voluto assicurar mi che potevo vivere quieto, e che su i soggetti sarei stato contento; ma quanto alla sommissione il Primo Console ha ripreso, é superbia il dimandarla, ed é viltá

dimision; pero á pesar de todo esto, llegó el 18 de brumario sin que hubiesen contestado; bien es verdad que el regocijo de aquel día era demasiado grande para que pudiera acordarse con sentimiento el primer consul de lo que faltaba para que fuese mayor. Al fin el papa, inclinado siempre á hacer lo que deseaba su querido hijo, que así le llamaba, envió la bula de reduccion de diócesis, y confirió al legado de una manera enteramente inusitada poder para que instituyera los nuevos obispos, manifestando que lo único que apetecía en premio á la deferencia que habia tenido, era que el cardenal Caprara se valiese de

il prestarli: é qui senza a'ndere risp'ista, si è aperto mi campo vasto in ordine al' canonica istituzione, e non piu' come mi i'tare, ma a guisa d' canonista ha tenuto un' lungh' ssimo discorso non dirò da persuadere, ma da tenere à bada, ed in fine ha detto: *Ma i v' scovi non fanno la professione di fede, e prest no g' uramento? Risposto li di sí dallo ste so consig'ler. Portalis, ha con binso, que to tratto di ubbidienza il papa basta per mille sommissioni. E rivolgendosi à me, mi ha laconicamente ripetuto: Procurate che so' lecitamente venga la bolla della circoscrizione, che è ó che n' viene d' seguito, e di ce ti vi ho parlato, n' n'abbia per parte di R ma la stessa sorte che hanno avuto i brevi spediti ai vescovi, qual' secondo le mie notizie non erano stati con eguali ad al'umno in Germania à tutto il 21 del passato.*

Così è finito l' abbocamento, devo pe' ó soggiungerle, che finito il medesimo a' l'inc'ra un' ora dopo mezzogiorno, egli partì con Madama, stando fuori all' inc'ra un' a' tra ora: ma prima mi obbligò di venare e presso di lui a pranzo non o' t'nie che fossi impegnato d' il fratello Giuseppe, al quale egli stesso spedi. Certamente senza esagerazione cori del tempo del pranzo sino à dieci ore de' la notte volle trattenermi: meo, passeggiando alla sua maniera la più parte del tempo e parlando ti tutti gli oggetti economiche e politici possibili in ordine à noi.

su habilidad para ahorrarle el sentimiento de tener que instituir á constitucionales.

Nada habia ya que se opusiese á la proclamacion del restablecimiento del culto, para cuya consecucion hubo que trabajar tanto; pero ya habia pasado el momento oportuno, pues reunidos el Tribunado, el Cuerpo legislativo y el Senado desde 1.º de frimario (22 de noviembre de 1801) época en que todos los años se abrian las sesiones, decia que iban á pronunciarse fuertisimos discursos contra el concordato. No queriendo, pues, el primer consul que fuesen á turbar una ceremonia augusta escándalos como los que se anunciaban, resolvió esperar á que el Tribunado mudase de modo de pensar ó hubiese desaparecido de la escena politica, es decir, que la lentitud iba á salir de él, y al papa le tocaba entonces dar prisa; pero con todo, las dificultades repentinas con que tenia que luchar, probaban, no solo el mérito que encerraba su resolucion sino el valor que habia necesitado y necesitaba desplegar para llevarla á cabo. Y no se dirigia únicamente la oposicion, pronta á estallar, al concordato, sino hasta al código civil y aun á algunos de los tratados que acababan de asegurar la paz del mundo; pero envanece con sus obras el primer consul, y apoyado en la opinion pública, estaba decidido á valerse de una medida extrema, destruyendo, segun decia, á los cuerpos consultivos ó deliberantes que hiciesen resistencia. Así es como iba á mezclarse el arrebatado de las pasiones á los hechos mas importantes de la vida de un hombre tan grande como su época.